

## DE LA SOBERBIA DEL FILOSOFO (1)

por F. CARMONA NENCLARES

### I

La historia de la Filosofía es, a pesar del caso individual de los filósofos, un espectáculo grandioso. Señala, en múltiples direcciones, cómo ha encarnado en nosotros, miembros del género humano, la rebeldía de Prometeo; por cierto, de un Prometeo inspirado por la sospecha de que reconciliarse con Zeus acarrearía su propio aniquilamiento. Espectáculo demostrativo de que toda reconciliación con las atroces potencias creadoras y destructoras equivale a una negación del ser humano. Esto lo decimos, vale la pena insistir, por la experiencia llamada historia de la Filosofía, la gigantomaquia antropomórfica por excelencia. Nutrida, a medias, de desesperación y soberbia.

Que la preocupación y ejercicio filosóficos requieren cierta humildad parece cosa evidente. Ya a primera vista. Pues la Filosofía no es una ciencia, ni un arte o técnica: tres direcciones en que es posible asegurarse del entronque compulsivo de la naturaleza cósmica y la naturaleza humana; tres actividades seguras de sí mismas aunque incluyan, cada una, su crisis respectiva. En la Filosofía tocamos ese fondo de chiripa cósmica en cuya urdimbre se teje, (insegura, supérflua, fatal), la existencia humana; descubrimiento desalentador, si los hay. No debe empujarnos, ciertamente, al abandono de la Filosofía, sino a proseguir su tarea con la congoja necesaria. Con la esperanza, además, de que el seguirla en la condición de urgencia

---

(1) Síntoma que proyecta, sobre un examen crítico, la obra de Eduardo Nicol, *La idea del hombre*. (México, Editorial "Stylo", 1947.)

acongojada restaurará, en el filósofo, los límites impuestos por el cosmos al capricho del mundo que es el hombre. El ser humano está representado por una fracción cuyo numerador es una galaxia y cuyo denominar es el átomo. Límites de humildad, por lo tanto.

Tengo el presentimiento de que la historia de la Filosofía, manifiesta una de las formas de la conciencia humana; más en concreto: es el espejo que la conciencia ha insertado en su propio fluir. Pero el ser humano padece, en general, la singular modestia de suponer que en la pretensión de una verdad absoluta palpita algo de imposible objetivamente o, como es preferible decir, de inhumano. Claro. Resulta perfectamente comprensible nuestra modestia; nuestra, no del filósofo. ¡Modestia de las cosas mismas! En el cosmos nos encontramos situados a a medio camino entre las estrellas gigantes y los átomos. Vivimos tratando de encontrar un ajuste entre nuestra propia proyección cósmica y nuestro propio ser. Línea de conducta que falla en el filósofo, el cual —dotado, al igual que cada uno de nosotros, de vísceras, glándulas, instintos, impulsos, emociones, etc., que funcionan entre los límites señalados a la existencia por la proporción cósmica— toma tranquilamente el papel de Zeus. De aquí la soberbia del filósofo. Un Prometeo que, después del latrocinio, hubiera sustituido a Zeus por cuenta propia.

De aquí, repetimos, la soberbia típica del filósofo. Será más soberbio en cuanto tenga menos capacidad humana: Krause lo era más que Hegel y Zubiri más que Ortega y Gasset. Soberbia que se completa al ensamblarse con otras características. Pues el filósofo odia, de la manera más cordial y espontánea, al político y al poeta, por ejemplo. Platón dio cuantas pruebas sean menester: calumnia a Protágoras porque éste, como todos los sofistas, sostenía que el destino del hombre radica en la acción, no en la contemplación asombrada, y por ende infantil, del universo, que la acción precede al pensamiento contemplativo, que el ser humano tiene su misión en transformar el universo, no en contemplarlo. Eso es todo, aunque sea incompleto y deficiente, por lo que se refiere a los sofistas. Calumnió también a los poetas, que intuyen, con cierta sonrisa burlona, la altisonancia y megalomanía del filósofo, capaz de sustituirse al mismo Zeus. El poeta burlón será siempre un elemento de inquietud para el desparpajo e insolencia del filósofo, que padece el complejo de Zeus. Si. Zeus

no ha hecho, que sepamos, profesión de filósofo, (nunca se ha tomado tan en serio como para eso), pero el filósofo ha hecho profesión de Zeus. Nosotros que, evidentemente, seríamos expulsados de la República platónica —¡enhorabuena!— entendemos que la soberbia del filósofo pretende convertir a Zeus creador en siervo de su propia criatura.

Pero hay más. Si el ser humano venera en Zeus su imagen, eso lo ponemos en el haber del filósofo, no en el de la Filosofía. Es una consecuencia de la sustitución de Zeus por el filósofo. Otra cosa, volviendo de nuevo al caso Protágoras. El sofista sufrió persecuciones y un manuscrito suyo sobre los dioses fue quemado, por irreverente. Esquilo, un poeta, recibió una acusación pública por **ateo**; en cambio, Platón ansiaba convertirse en el filósofo de cámara de un tiranuelo; Hegel dio las ideas al nacionalismo pangermanista; Heidegger ha firmado manifiestos de adhesión a Hitler y Ortega y Gasset viene declarándose, en la conducta y la palabra, **apolítico**; pretende, pues, ignorar la interna conexión, ya fijada por Aristóteles, entre la política, la voluntad y el destino. Bueno, al fin y al cabo, el filósofo tiene la misma cobardía e irresponsabilidad de Zeus que, por lo que sabemos, jamás dio la cara por el hombre. Véase Homero.

## II

Pudieran citarse cuantas muestras necesitáramos de la soberbia del filósofo. Tanto en número como en calidad. Por lo que se refiere a calidad habría pocas pruebas más ilustrativas que la siguiente: épocas enteras de la historia de la Filosofía, gran número de filósofos, han sostenido la existencia de un solo tipo de verdad. La matemática, el arte, la economía, la política, etc., venían trabajando modestamente, mientras tanto, y sin salirse de sus límites, logrando poner de manifiesto que no hay un solo tipo de verdad sino distintos tipos de criterio veritativo; implícito cada uno, por cierto, en una determinada región cultural. Conste que ese fue un descubrimiento de las ciencias de la naturaleza y de la cultura; la derrota que infligió a los filósofos no ha sido recogida, al parecer, por éstos. Pues siguen pretendiendo fundamentar desde la Filosofía el territorio total de la cultura; insisten, alegremente, en la existencia de un solo tipo de verdad. Los más avisados han recogido, advertimos, la enseñanza y tratan de encontrar la unidad posible

entre aquellos distintos criterios mencionados; los menos avisados cometen todavía la tenaz ofensa de, por ejemplo, ilustrarnos sobre la naturaleza del arte siendo ciegos para el goce estético. O, en otro caso, sobre la naturaleza del Estado, declarándose **apolíticos** de antemano. Con lo cual renuncian, desde luego, a defender sus ideas en su conducta. Son demasiado exquisitos para eso.

El hombre no está hecho, valga la expresión, para la teoría sino para los problemas de la vida, del ser, de las cosas; problemas que no admiten espera, dada la primacía de los hechos. El filósofo es el hombre para la teoría. Esto se llama, por ellos, **objetividad**. ¡Ah! Por lo que hemos visto en los treinta años últimos, la célebre **objetividad** ha desencadenado, en todas partes, el descrédito de la inteligencia y la ruina del pensamiento; ahora se habla del intelectual como de un desertor del frente donde el ser humano está luchando, y tiene que seguir haciéndolo, para descubrir el sentido de la vida, o su carencia total de sentido. Lo tenga o no lo tenga, eso no evita el que tratemos de encontrarlo, esculpiendo la conducta con el cincel de las ideas. ¡Cuidado! No se trata, aquí, de insinuar o pretender que la Filosofía sea militante; se trata de que sea responsable frente a la llamada del destino humano. Nada más. La inteligencia funciona como liberadora; es una capacidad que nos permite plasmar nuestro pasado y presente para anticipar el futuro; actúa como liberación de lo que hay de pasado en cada momento del futuro que adviene al presente o, de lo contrario, actúa como degradación. Y no hay término medio; sería inútil buscarlo. Pues bien, las corrientes filosóficas típicas de los últimos años han tomado el papel de celestinas del irracionalismo. Siempre, naturalmente, en nombre de la suprema **objetividad**. Lamentamos carecer de respeto por ella, que ha escindido, cortando el interno lazo umbilical, el saber y la ciencia, la conducta y las ideas, la ética y la técnica. Vivir, dar sentido a la existencia, poner de manifiesto la conexión del microcosmos y del macrocosmos, sólo puede realizarse en tanto se mantenga la unidad entre esos elementos, hoy dispares y contrapuestos. Por lo tanto, tal **objetividad** encubre, sin excepción, cobardía, estupidez, intereses inconfesables o vicios solitarios. A elegir. Cada uno cae del lado de donde se inclina.

En suma: nuestra desesperación de la Filosofía viene originada por los filósofos, no por la Filosofía. Viene originada por

el celestinaje irracionalista, cometido por la inteligencia degradada. Hay demasiado almidón mental en un filósofo al uso. El **sub specie aeternitatis**, de Spinoza, (“es de la naturaleza de la razón considerar las cosas bajo un cierto aspecto de eternidad”) resulta, en sus manos, una especie de ejecutoria de irresponsabilidad; gracias a ella, el hombre puede ocultarse tras el filósofo; eso, claro es, ocurre en el mejor de los casos: cuando en el filósofo hay hombre o sea, calidad humana. Raras veces sucede. De tal ocultación tenemos un ejemplo modelo: la *Ética* de Max Scheller. Nadie sería capaz de señalarnos qué principio de conducta moral expone. Es una **Ética** donde se ha escamoteado el principio de la actividad creadora, de la libertad; es decir, que anula el problema central de la ética, la posibilidad de una conducta humana que sea necesaria y libre a la vez. Con lo cual, además, se hace caso omiso de que el conocimiento surge por haberse apoyado la mente en el suelo firme de la voluntad.

Reclamaremos siempre la presencia de la Filosofía. Siempre. Es el espejo de nuestro destino de Prometeo: el índice de que la existencia tiene su raíz esencial en la rebeldía frente al omnipotente e irresponsable Zeus. En consecuencia, el árbol de la vida y del conocimiento forman, para nosotros, un mismo tronco, alimentado por la misma savia. El filósofo puede, si quiere, utilizar la Filosofía para substituirse, con ella, a Zeus, escindiendo así el árbol de la vida y del conocimiento; es lo que viene haciendo. Para ese Zeus del filósofo, yo, por mi parte, carezco de reverencia y oración; sólo tengo, a la mano, imprecaciones. No se le puede orar sin maldecir.

### III

La lectura de **La idea del Hombre**, de Eduardo Nicol (1), ha tenido, entre otras, la virtud de remover en nosotros el catálogo de consideraciones transcrito. Las removió y nos enredó en ellas. Vino a fortalecer nuestra esperanza de la Filosofía

---

(1) Felicitamos al señor Nicol, pues acaba de descubrir el paraguas. Nada menos. O sea, acaba de descubrir que Ortega y Gasset es un *bluff*. En México y 1947. Había que hacer el descubrimiento en España, cuando enfrentarse al maestro traía aparejada la renuncia a enseñar Filosofía. Entonces era la fecha y ocasión del descubrimiento; ahora, en México y 1947, es una redundancia. De todas maneras, gracias a Ortega nuestra generación aprendió a leer Filosofía. Después, ésta nos dio armas contra el propio maestro. (F. Carmona Nenclares, *El pensamiento de José Ortega y Gasset*; Madrid; ediciones “Mediterráneo”, 1929).

y nuestra desesperación de los filósofos, actualizando ambos sentimientos. Desearíamos recoger, a continuación, otro de los síntomas que presenta el libro. Uno, el primero, el de la soberbia, sacrifica Prometeo a Zeus; la cosa debe tomarse, sin duda, a broma, por desaforada; en el caso contrario habría que arrojar del Estado a los filósofos, de la misma manera que Platón quería eliminar de la República a los que hemos percibido la cobarde megalomanía del filósofo. Prosigamos ahora con el segundo síntoma. (En realidad, no se trata sino de un solo síntoma dotado de dos perspectivas que se implican y corresponden.)

Lo que salta a la vista inmediatamente, en la genealogía del libro, es su constelación originaria. Resulta, por cierto, bastante turbia: tiene un acento diltheyano y cita, al propio tiempo, el nombre de Cassirer y su petición de una antropología filosófica. Dudo de que Dilthey y Cassirer puedan ser conjugados. Y surge, en consecuencia, una pregunta: ¿Se habrá desprendido, **La idea del Hombre**, de la nebulosa que en la historia del pensamiento llamamos Guillermo Dilthey? La interrogación no puede responderse, a nuestro modo de ver, por la afirmación; tampoco por la negación. La obra se mueve, empero, en la órbita diltheyana, tratando quizá de rebasarla. Es, en tal caso, una tentativa laudable, que opera siempre desde los límites de una simple tentativa. Le falta seguridad íntima para operar de otro modo. Cosa perfectamente explicable, por lo demás. El pensamiento diltheyano se contradice al enunciarse; superarlo requiere refutarlo en vez de proseguirlo de una manera más o menos disimulada.

Conste que la palabra nebulosa, tratándose de Dilthey, ha sido escogida; representa una decisión. El irracionalismo característico de muchos pensadores contemporáneos tiene en aquél una de sus fuentes más cristalinas y puras; otras en Bolzano y Brentano, teólogos católicos que entraron en la Filosofía, eterna doncella burlada, por la vía teológica. Dilthey amputó al ser humano lo que hay en él de naturaleza; Bolzano aseguraba, con toda seriedad, que la validez de la verdad funciona extraracionalmente y Brentano, animado de idéntica solemnidad, colocaba la evidencia en la intuición, dando así, entre los tres, patente de curso filosófico al obscurantismo. La filosofía reconocerá siempre como hijos suyos a Descartes, Kant y Hegel; sólo ciertos filósofos reconocerán a Dilthey, Bolzano y Bren-

tano como Filosofía. Pero, ¡ay!, los filósofos son así. No tiene remedio. Monopolizan el derecho a la verdad y a los demás nos ceden, generosamente, el ciego derecho a la protesta. Gracias, de cualquier modo.

Las cosas, las cosas filosóficas (se entiende), han venido a parar, después y naturalmente, donde apuntaban. Por una parte en la **filosofía de la vida** cuando la vida, así mencionada, carece de filosofía. Por otra parte, la proyección posterior de Bolzano y Brentano nos puso delante ese estupendo brebaje llamado **intuición eidética y epojé**. La primera encubre, vale la pena decirlo, una nueva fórmula de la revelación divina; la segunda envuelve la pretensión de que podemos ignorar, en la naturaleza humana y sus actividades peculiares, lo que a los filósofos les dé la soberbia gana. No está mal. Yo, y aquí tiene que perdonárseme la primera persona, jamás he gozado de una intuición eidética; libreme Zeus de ello, agrego, pues no soy filósofo alemán, ni fenomenólogo ario; no soy, por junto o por separado, ninguna de tales extravagancias sospechosas de obscenidad filosófica: soy un celtíbero preocupado de Dios. Tampoco he sido, jamás, capaz de practicar una **epojé** sobre mí mismo; son mis vísceras, tejidos, nervios, secreciones, etc., quienes, por inescrutable capricho, suelen hacerla.

Queda señalado, tal como nos interesaba, el síntoma que presenta la obra del señor Nicol.